



«Pequeña Pluma» subió al estrado, representando a Marlon Brando, y leyó un resumen de las declaraciones del actor, por las que éste se negaba a recibir el Oscar que le concedía la Academia por su trabajo en «El padrino».

Dicen que Margaret Herrick, una secretaria de la Academia de Artes y Ciencias de Hollywood, al ver, en 1931, la estatuilla que, como premio, se entregaba desde hacía dos años a las mejores películas norteamericanas, comentó que esa estatuilla se parecía mucho a su tío Oscar. Y desde entonces —dicen—, el famoso premio se denomina así. Un premio que, por un lado, se reconoce como distintivo inapelable de calidad, por el que luchan y se desesperan las estrellas y los magnates de Hollywood; y que, por otro, se piensa que no es más que un acicate publicitario de esos mismos magnates para promocionar sus películas. Pero sea lo que sea, lo cierto es que Hollywood consigue atraer la atención de todo el mundo cuando, como ahora, llega la fecha de conceder las reproducciones del tío Oscar. Y el público cinematográfico no deja de conocer y consumir las películas y los actores que han sido destacados en la relación de candidatos.

Por todo ello, resulta muy extraño que alguien se atreva a despreciar un Oscar. Y cuando esto ocurre, el heterodoxo pasa inmediatamente a convertirse en protagonista absoluto de la noticia. Esto ocurrió hace un par de años cuando George Scott se negó a recibir su estatuilla porque, según decía, «Patton» (la película por la que se le premiaba) no fue en sus resultados la misma que se había previsto. Y hasta el guionista de esa película, Francis Ford Coppola, hizo declaraciones amenazando con retirar su nombre de los títulos, ya que «Patton» se había convertido en una película militarista, cuando, sobre el papel, era todo lo contrario.

Naturalmente, la postura de Scott se interpretó en muchos periódicos y revistas como ardid publicitario. Muy pocos estuvieron dispuestos a aceptar que el actor era honrado en su postura,

y no quería ser homenajeado por un trabajo con el que no estaba de acuerdo.

Resulta curioso que, dos años más tarde, «El padrino», dirigida por Ford Coppola (el guionista de «Patton»), se convierta en el blanco de parecidas circunstancias. Ahora, Marlon Brando no cree que la película haya traicionado sus planteamientos previos. Eso sería absurdo. «El padrino» —la mejor película del año, según la Academia— es un retrato fiel del texto de origen (la novela de Mario Puzo) y hay en ella bastante ambigüedad como para convertirse (al mismo tiempo que en un espectáculo brillante) en un film que puede entenderse de diversas maneras, y en el que sus protagonistas, elementos de la mafia, aparecen suficientemente cuestionados, pero, al mismo tiempo, con el beneplácito de los auténticos y no cinematográficos miembros de la «Cosa Nostra».

En esta ocasión, lo que Marlon Brando ha hecho es rechazar a la Academia en pleno. Al cine de Hollywood en su totalidad. Y sus razones son contundentes. Es este cine el que más ha contribuido a denigrar al indio americano, que en estos precisos momentos se encuentra en dificultades gracias al desprecio gubernamental y popular. Y Brando utiliza para hacer estas declaraciones a una mujer afectada, lógicamente, por el conflicto, a «Pequeña Pluma», que, en resumen, explicó a la concurrencia del festejo de gala donde se entregaban los premios, que el problema de los indios es una cuestión muy seria, y que el mejor actor del año —según la Academia— prefería estar junto a ellos en Wounded Knee antes que en aquella sala, cuyo boato y esplendor servía para mantener la industria más racista de cuantas él conoce.

Y de nuevo se habla de truco

## Los Contemporaneos

### LOS MORBOSOS PALURDOS DE LA LIBERTAD

Hace unos años, un joven fue a confesarse en una provincia española, y comenzó a decir: "Padre, yo vivo en París, y...". cuando le interrumpió el sacerdote con un gemido: "¡Pobre

hijo mío! Y, ¿no puedes evitarlo?". (Espero no estar violando secretos de confesión. Digamos que es un chiste, un chiste). Cuando papá iba a París —en el rápido de Irún— la hija cupletista le gritaba: "¡No vayas al cabaret, si quieres pasar el rato!". Los riesgos de París eran ya cuestión folklórica. Y política. Me contaron que un director general de Prensa de la época primitiva fue obsequiado con un almuerzo en San Sebastián y, al terminar, alguien le dijo que tenían preparada una excursión a Biarritz. El protector de la prensa empalideció, y dijo: "¿No serán ustedes también antiespañoles? Sepan que no estoy dispuesto a pisar esa tierra por nada de este mundo". En Francia podía pasar de todo. Una vez, en París Manuel Aznar me dijo, consternado: "En el Ministerio se dice de usted que es un afrancesado... —y añadió—: No se preocupe demasiado. También lo dijeron de mí...".

¿Eran otros tiempos? ¿Eran otros tiempos? Muchas veces me inquieta saber si el tiempo pasa o no pasa. ¿Hay lecciones que no se aprenden nunca? No, no eran otros tiempos. Enrique Rubio, en "El Noticiero Universal", ataca a los españoles que van a Ceret, a Amelies Bains, a Le Boulou o a Perpignan los fines de semana. Son palurdos, son "catetos morbosos". Esos españoles, y los que van a Biarritz, hacen algo terrible: van al cine. España es un país de espectadores. ¿Puede llegar a ser un país de mirones? No es eso lo que le preocupa a Enrique Rubio. Se arroga la representación del "español normal" para decir: "Para un español normal, con sentido concreto de familia, de matrimonio y de honbría, el progreso de estas gentes (los espectadores de Perpignan) avanza rumbo a la desintegración de cuanto tenemos y nos diferencia de esos países del consentimiento y conformado". ¿Qué

carpet hay que tener en el bolsillo, en qué ventanilla hay que cobrar, de qué casta hay que proceder para monopolizar la normalidad del español, ser defensor de la familia y el ma-

trimonio, tener la exclusiva de la honbría? ¿Basta con no ir al cine al extranjero? ¿O es mejor no ir al extranjero en absoluto, salvo para poner tornillos en las fábricas Renault, fregar algunos suelos, servir en un restaurante y enviar divisas para que haya cómodas importaciones de artículos de consumo para los demás? ¿Se puede impunemente hablar de los países del consentimiento? ¿No dice el diccionario que el consentido es "el marido que sufre la infidelidad de su mujer"? ¿Se puede emplear todavía esa estúpida xenofobia?

¡Los viejos tiempos! Yo he visto en Tánger españoles situados en las puertas de ciertos cines apuntando los nombres de otros españoles que pasaban de la zona del protectorado para ver ciertas películas. ¡Los denunciantes eran voluntarios! (Las autoridades, después, se reían y arrojaban las listas a la papelera. Pero los sospechosos serían ya siempre sospechosos...). Ocurría hace casi treinta años. ¿Será posible que desde hace treinta años haya españoles atravesando las fronteras para ir al cine? ¿Será posible que desde hace treinta años haya otros españoles que traten de impedirlo, que les insulten, les denuncien, les coloquen en listas negras? Quizá esas listas sean ahora en technicolor, y eso es todo lo que ha cambiado...

¿Espectadores, mirones? Los que hacen el esfuerzo de viajar, de cruzar una frontera, de exponerse a ser ellos mismos espectáculo —en Biarritz, en Perpignan— han sobrepasado esa categoría. Son elementos activos. Están defendiendo algo: un derecho a ver y a juzgar por sí mismos, un derecho humano. Una forma de libertad. La busca de libertad puede tener formas a veces grotescas, apariencias tristes. Pero en el fondo es algo siempre profundamente serio, fundamental.

POZUELO